

mentalmente francés y con mandos siempre franceses, y otro anglo-hispano-portugués, cuyo general en jefe fue el inglés Wellington.

La canonización de este conflicto como Guerra de la Independencia se lleva a cabo al comenzar la segunda mitad del siglo XIX. La expresión creada en los años veinte y treinta —entre una y dos décadas después de producidos los hechos— se consolida en los cuarenta y cincuenta: «España», el pueblo español, se había enfrentado únicamente contra los «franceses», o contra Napoleón, en una «guerra de independencia», y había salido triunfante.

Ante esta nueva visión de la historia, ¿qué nos aporta Charles Esdaile? El autor británico —conocido por sus estudios anteriores sobre historia militar y por *La quiebra del liberalismo, 1808-1939* (Crítica, 2001)— nos ofrece en este libro algo más que una síntesis, puesto que utiliza ampliamente los testimonios coetáneos e incorpora nuevas aportaciones de los archivos españoles y británicos.

Esdaile piensa que la gran lucha que convulsionó la península Ibérica durante seis sangrientos años, tras su invasión por Napoleón Bonaparte, merece ser revisitada, y a esta revista le ha dedicado veinte años de intenso trabajo. Tanto en Gran Bretaña como en Francia, Portugal y España se han

publicado un montón de imponentes historias de esta guerra pero él consideró necesaria una obra nueva ya que, esa gran masa historiográfica le parece que está muy envejecida.

En la medida en que se trata de «vieja» historia, escrita en términos de batallas, campañas y grandes hombres, no contempla las nuevas corrientes de la labor histórica que llevan revolucionando nuestra comprensión del pasado al menos los últimos cincuenta años. Al mismo tiempo, la desfigura una combinación de mito nacional, prejuicio cultural y partidismo político. En Gran Bretaña, por ejemplo, el dominio de la escena por el duque de Wellington es tal, que muchas historias de la Guerra de la Independencia escritas en inglés se limitan a meros recitados de sus victorias. En Francia hallamos un profundo deseo de explicar el conflicto en términos de la leyenda napoleónica. Y en España y Portugal una sucesión de liberales, neoabsolutistas, nacionalistas autoritarios y marxistas han pretendido todos someter la guerra a un desvalijamiento en beneficio propio.

Una visión de conjunto

Concretamente en España, la Guerra de la Independencia marcó un hito decisivo en nuestra his-

toria, no sólo por sus estragos —más de un millón de muertos, pueblos en ruinas y campos saqueados— sino porque puso los fundamentos de una larga etapa de guerras civiles que iban a acabar con la vieja sociedad del absolutismo. La importancia del periodo explica la gran cantidad de estudios parciales que se han dedicado a sus aspectos militares o políticos, o a determinadas repercusiones, pero se echaba en falta una síntesis satisfactoria. Las grandes visiones españolas de conjunto siguen siendo la del conde de Toreno (1835-1837), y la estrictamente militar de Gómez de Arceche, que vio la luz por primera vez en 1868. La síntesis de Lovett, último estudio considerado con cierta entidad, va a cumplir cuarenta años.

Hacía falta una «nueva historia» de esta sonada guerra que fuera más allá de un relato de batallas, que tomase en cuenta sus dimensiones política y social, y que incorporase los resultados de las investigaciones de las últimas décadas. Esto es lo que ha conseguido llevar a cabo Charles Esdaile.

El libro da comienzo con los orígenes del conflicto. España y Portugal se encuentran en estado de efervescencia al comenzar el siglo XIX y Napoleón está en el cénit de su poder cuando decide intervenir en Iberia. El empera-

dor, siempre deseoso de dar muestras de sus proezas, de imponer su sello en la política y de demostrar su competencia diplomática, se hallaba ante una situación en que parecía no haber obstáculo alguno entre él y un golpe que era el más audaz que hasta entonces hubiera intentado. «Nunca había estado tan equivocado —comenta Esdaile—».

A nuestra emblemática y célebre revuelta del Dos de Mayo, el historiador británico no parece darle excesiva importancia: «Tal como habían acaecido estos tumultos no fueron especialmente impresionantes —escribe—, si bien habían de tener profundos efectos sobre lo que había de llegar». Se refiere a la oleada de levantamientos más bien confusa y heterogénea, y que considera más un estado de abierta rebelión que de revolución.

En la campaña de verano de 1808, Esdaile nos reconoce algún mérito colectivo. A propósito de la capitulación de Bailén, dice: «España estaba muy contenta, Gran Bretaña exultante, Francia consternada y Napoleón ultrajado. Era la mayor derrota sufrida hasta el momento por el imperio napoleónico y, lo que es más, le había sido infligida por un enemigo por el que el emperador no había mostrado más que desprecio». Sin embargo, en todo momento quiere dejar clara la superioridad fran-

cesa: «Los reclutas bisoños nerviosos e incontrolados –añade– que formaban el grueso de las fuerzas españolas resultaban incapaces de maniobrar en presencia del enemigo, y además muchos de ellos apenas sabían hacer uso de sus armas de fuego».

La visión que los ingleses tenían de los españoles era francamente negativa, y la que tiene el autor del libro que comentamos también. Sus páginas están plagadas de frases como las que siguen: «La inferioridad táctica de los ejércitos españoles se veía exacerbada por la baja calidad de sus mandos»; «en España, en particular, podía contarse con que cientos de soldados aprovecharían una derrota para intentar volver a casa o para alinearse con algún grupo de guerrilleros o partida de bandidos».

Nos consideraban, como mínimo, primitivos, atrasados y supersticiosos, «sólo un nivel por encima de los salvajes».

Inferiores en todo

El historiador británico destaca, en diferentes ocasiones, que franceses e ingleses encontraron en la península ibérica una confraternización: «Escandalizados por la crueldad de los españoles y de los portugueses, unidos por la profesionalidad y las fatigas y

profundamente ajenos a la sociedad en que se hallaban, era natural que británicos y franceses sintieran que tenían algo en común». También quiere dejar bien claro que Wellington, en todo momento, puso de manifiesto que no quería depender de los españoles, ya que consideraba que nos encontrábamos en un estado lamentable.

Todo un capítulo del libro está dedicado a la guerra de guerrillas, la guerra popular que llegaría a representar característicamente la lucha ibérica contra Napoleón. El autor afirma que la Guerra de la Independencia evoca dos imágenes: «por una parte la invencible «delgada línea roja» de la infantería de Wellington, y por otra la figura cruel y siniestra del guerrillero español». Para los ingleses, los guerrilleros, dedicados al bandolerismo y al pillaje, eran «filibusteros regulares que subsistían saqueando el país», mientras que los franceses los consideraban un producto del salvajismo, la ignorancia y la falta de civilización. En cuanto al panorama de Portugal, el autor del presente libro afirma que era bastante parecido al de España.

También hay que decir que Esdaile ve algo de positivo en las guerrillas, y es que sirvieron para frenar el avance francés, obstaculizar la consolidación del Estado josefino, obligar a los franceses a

abandonar su disfraz de benevolencia, mantener vivo el espíritu de resistencia, convencer a los británicos de que aún merecía la pena luchar por España, obligar a Napoleón a pagar un alto precio por su intervención en la Península y evitar que Wellington fuera arrojado al mar.

La causa patriótica, los tradicionalistas y los liberales españoles ocupan unas interesantes páginas que desembocan en las Cortes de Cádiz. «La Constitución de 1812 –matiza Esdaile–, aun siendo hostil al trono, buscaba en muchos aspectos los objetivos del absolutismo ilustrado del siglo XVIII».

El autor del trabajo que comentamos, como buen inglés, considera que el papel que jugó el duque de Wellington, a lo largo de toda la guerra, fue fundamental e «insustituible». En cuanto a las relaciones entre los aliados, considera que no eran buenas, y que incluso cabía la posibilidad de que los franceses se beneficiar de ello. «Pero la alianza no falló –concluye– porque aunque británicos, españoles y portugueses se odiaban entre sí, aún odiaban más a Napoleón».

Charles Esdaile finaliza su sólida investigación preguntándose sobre el significado de la Guerra de la Independencia y sobre sus apocalípticas consecuencias en la Península: tanto en España como

en Portugal el legado del conflicto sería la guerra civil.

Del enfrentamiento con Francia surgieron tres Españas: una clerical, absolutista y reaccionaria, otra secular, constitucional y progresista, y cogido entre estas dos fuerzas, un populacho cada vez más radicalizado que no se identificaba con objetivos más complicados que la paz, el pan y el acceso a la tierra y que era tan hostil a la «libertad» de los liberales como a las «cadenas» del anti-guero régimen.

A pesar de los veinte años dedicados a este trabajo, su autor considera que aún queda un buen número de temas que han de recibir la atención que merecen: «es mucho lo que ignoramos –apunta–, sobre los levantamientos de 1808, sobre la creación de los nuevos ejércitos levantados por España y Portugal, sobre la respuesta del pueblo a la conscripción y sobre la naturaleza de la guerrilla». Parece que los historiadores tienen todavía mucha tarea por hacer.

Los reyes españoles y su entorno

Y mientras España y su gente se desangraba en el horror de la guerra –unos eran alcanzados por los disparos, otros eran pisoteados hasta la muerte, despedazados, abrasados en vida o empalados–,

su rey Borbón, Carlos IV, su mujer, María Luisa de Parma, su valido, Manuel Godoy, el príncipe de Asturias, Fernando, y toda su Corte, se consumían en intrigas, rivalidades, odios familiares y disputas palaciegas. De todo esto nos habla Carmen Güell en su biografía de María Luisa de Parma.

La historia que nos cuenta arranca en la Roma de 1818, en el palacio Barberini, donde María Luisa vive desterrada, y los primeros datos nos los da el diario de Carlota Godoy, hija del antiguo valido de la ex reina de España.

Por orden de su hijo, Fernando VII, María Luisa, su madre, fue destronada. Víctima de la humillación y del ultraje, pasaba los últimos años de su vida sin esperanza y en el destierro, mendigando en las puertas de los poderosos para poder subsistir. Desde esta triste situación, la esposa del pusilánime Carlos IV, va recordando, en primera persona, su infancia y adolescencia; los consejos de la abuela, Isabel de Farnesio; su matrimonio con el heredero de la corona de España; los nacimientos de sus diez hijos y sus catorce abortos; su relación con Godoy –junto con el Rey creyeron hacer «la Trinidad en la tierra»–; la revolución en la vecina Francia –desde la toma de la Bastilla a la ejecución de sus primos,

los reyes Luis XVI y María Antonieta–; los contactos con Napoleón; las renunciaciones de Carlos IV; la animadversión mutua con su hijo Fernando, resentido, acomplejado y descontento; los proyectos del príncipe de Asturias; la primera subida al trono de Fernando VII, la temporal abdicación, su retorno como el «Deseado» y la inmediata traición: su primera medida como rey de España consistió en suprimir las Cortes de Cádiz y abolir la Constitución.

El «Deseado» por los españoles hace su entrada triunfal –según Carmen Güell pone en boca de la ex reina– con una triple venganza: de un lado cayeron los colaboradores de José Bonaparte, algunos de los cuales terminaron en el patíbulo; de otro, los liberales y sus amigos, que paradójicamente habían sido quienes le ayudaron a recuperar el trono, y, por último, «se vengó de nosotros, de Carlos, de Manuel y de mí, las principales víctimas de su hostilidad».

La autora de esta biografía recoge los hechos con sutileza para que el lector saque sus propias conclusiones. Evoca los sentimientos de María Luisa como vivaz princesa italiana enfrentada a la nobleza española y relata el drama de una mujer, ya en el trono, que creyó encontrar en un apuesto e inteligente guardia de Corps extremeño el valido ideal

para un convulso país. Durante este tiempo tiene lugar el motín de Aranjuez, la invasión napoleónica, la Farsa de Bayona y la Guerra de la Independencia. Con estilo ágil, descripción amena y un barniz folletinesco, que el propio guión exige, Güell nos refresca la memoria de una movida y turbia etapa de nuestra historia.

La agitada vida de ¡Viva la Pepa!

La primera de las Constituciones españolas –conocida popularmente por La Pepa–, dada por las Cortes de Cádiz de 1812, derogada en 1814 por Fernando VII, restablecida en 1820 y derogada de nuevo en 1823, ha sido reedita-

da, una vez más, por Clásicos Castalia, con motivo de la celebración del veinticinco aniversario de nuestra actual Constitución.

El libro se inicia con un discurso preliminar a la Constitución, texto con el que se justifica el Código Fundamental, escrito con un gran brillo literario y que constituye por sí mismo un documento esencial del liberalismo español del siglo XIX.

El fallecido profesor Francisco Tomás y Valiente atribuyó al código gaditano la «triple dimensión de origen, modelo y mito» del constitucionalismo español. Hoy continúa siendo un punto de referencia clave.

Isabel de Armas